

de gobernador; mas quiero hartarme de gazpachos, que estar sujeto á la miseria de un médico impertinente, que me mate de hambre; y mas quiero recostarme á la sombra de una encina en el verano, y arroparme con un zamarro de dos pelos en el invierno, en mi libertad, que acostarme, con la sujecion del gobierno, entre sábanas de holanda, y vestirme de martas cebollinas. Vuestas mercedes se queden con Dios, y digan al duque mi señor, que desnudo nací, desnudo me hallo, ni pierdo ni gano; quiero decir, que sin blanca entré en este gobierno, y sin ella salgo, bien al revés de cómo suelen salir los gobernadores de otras insulas: y apártense, déjenme ir, que me voy á bizmar, que creo que tengo brumadas todas las costillas, merced á los enemigos que esta noche se han paseado sobre mí.—No ha de ser así, señor gobernador, dijo el doctor Recio; que yo le daré á vuesa merced una bebida contra caidas y molimientos, que luego le vuelva en su pristina entereza y vigor; y, en lo de la comida, yo prometo á vuesa merced de enmendarme, dejándole comer abundantemente de todo aquello que quisiere.—Tarde piache, respondió Sancho: ¡así dejaré de irme, como volverme turco! No son éstas burlas para dos veces. ¡Por Dios, que así me quede en este, ni admita otro gobierno, aunque me le diesen entre dos platos, como volar al cielo sin alas! Yo soy del linaje de los *Panzas*, que todos son testarudos; y, si una vez dicen *nones*, nones han de ser, aunque sean pares, á pesar de todo el mundo. Quédense en esta caballeriza las alas de la hormiga, que me levantaron en el aire, para que me comiesen vencejos y otros pájaros, y volvámonos á andar por el suelo, con pié llano; que, si no le adornaren zapatos picados de cordoban, no le faltarán alpargatas toscas de cuerda: cada oveja con su pareja, y nadie tienda mas la pierna de cuanto fuere larga la sábana: y déjenme pasar, que se me hace tarde.” Á lo que el mayordomo dijo: “Señor gobernador: de muy buena gana dejáramos ir á vuesa merced, puesto que nos pesará mucho de perderle, que su ingenio y su cristiano proceder obligan á deseárlle; pero ya se sabe, que todo gobernador está obligado, antes que se ausente de la parte donde ha gobernado, á dar primero residencia: déla vuesa merced, de los diez días que há que tiene el gobierno, y váyase á la paz de Dios.—Nadie me la puede pedir, respondió Sancho, sino es quien ordenare el duque mi señor: yo voy á verme con él, y á él se la daré de molde: cuanto mas que, saliendo yo desnudo, como salgo, no es menester otra señal para dar á entender que he gobernado como un ángel.—¡Par Dios, que tiene razon el gran Sancho! dijo el doctor Recio, y que soy de parecer que le dejemos ir, porque el duque ha de gustar infinito de verle.” Todos vinieron en ello, y le dejaron ir, ofreciéndole primero compañía, y todo aquello que quisiese para el regalo de su persona y para la comodidad de su viaje. Sancho dijo, que no queria mas de un poco de cebada para el rucio, y medio queso y medio pan para él; que, pues el camino era tan corto, no habia menester mayor ni mejor repostería. Abrazáronle todos, y él, llorando, abrazó á todos, y los dejó admirados, así de sus razones como de su determinacion tan resoluta y tan discreta.

CAPÍTULO LIV.

Que trata de cosas tocantes á esta historia, y no á otra alguna.

RESOLVIÉRONSE el duque y la duquesa, de que el desafío que Don Quijote hizo á su vasallo, por la causa ya referida, pasase adelante; y puesto que el mozo estaba en Flandes, adonde se habia ido huyendo por no tener por suegra á Doña Rodriguez, ordenaron de poner en su lugar á un lacayo gascon, que se llamaba Tosilos, industriándole primero muy bien de todo lo que habia de hacer. De allí á dos dias dijo el duque á Don Quijote, cómo desde allí á cuatro vendria su contrario, y se presentaria en el campo, armado como caballero, y sustentaria cómo la doncella mentia por mitad de la barba, y aun por toda la barba entera, si se afirmaba que él le hubiese dado palabra de casamiento. Don Quijote recibió mucho gusto con las tales nuevas, y se prometió á sí mismo de hacer maravillas en el caso, y tuvo á gran ventura habérsele ofrecido ocasion donde aquellos señores pudiesen ver hasta dónde se extendia el valor de su poderoso brazo; y así, con alborozo y contento esperaba los cuatro dias, que se le iban haciendo, á la cuenta de su deseo, cuatrocientos siglos. Dejémoslos pasar nosotros, como dejamos pasar otras cosas, y vamos á acompañar á Sancho, que entre alegre y triste venia caminando sobre el rucio á buscar á su amo, cuya compañía le agradaba mas que ser gobernador de todas las insulas del mundo. Sucedió pues, que, no habiéndose alongado mucho de la insula del su gobierno (que él nunca se puso á averiguar si era insula, ciudad, villa ó lugar la que gobernaba), vió que, por el camino por donde él iba, venian seis peregrinos, con sus bordones, destos extranjeros que piden la limosna cantando,